

# MARÍA EUGENIA

## LEEFMANS

### La escritura, un camino hacia la plenitud

*Muchas veces me hice la pregunta: ¿del "Oleaje y la montaña" a las escritoras? No me detuve a responderla. Una sonrisa y un leve movimiento de hombros interrumpían la reflexión, que entonces continuaba. Ahora, meditando, puedo, al contestar, decir que, tal vez, obedezco a una sombra y una voz que sólo yo veo y escucho. Acepto la compañía de la palabra, para, juntas, transitar por un sendero, a su modo y con mi estilo, conjugando ayer, el hoy y el porvenir. Me entrego a una necesidad interior, difícil de explicar.*

*Vivo esta inquieta experiencia como un delicioso enamoramiento, que cada día requiere más entrega en cuanto a estudio, formación y oficio. La escritura envuelve en magia la vida y hace brillar la oscuridad.*

*Estampas Toluqueñas es una colección de cuentos sobre Toluca. Nació después de las conferencias que varios intelectuales y amantes de Toluca ofrecieron a la ciudadanía en el Diplomado en Historia de Toluca, organizado por el Archivo Histórico Estatal y el Archivo Histórico Municipal. Se ha respetado el aporte histórico del expositor y se ha recurrido a ciertos aspectos ficticios para beneficiar la anécdota.*

*La obra consta de dos partes: "Las voladoras", en donde uno de los personajes de equilibrio literario es el escultor Fernando Cano, creador de una colección de esculturas en hierro forjado, titulada Las voladoras, y "La Florista", que se apoya en el acuarelista Benito Nogueira y en el uso de los colores y las flores para matizar el relato.*

## Pensamientos de septiembre

¡Y a comer con ganas, que el camino es largo!

*El taco de plaza*

ALFONSO SÁNCHEZ GARCÍA

GERARDO NOVO, un historiador de corazón y estudios, poseedor de una amorosa inclinación por la gastronomía, gustaba elaborar platillos típicos de la zona y de otras épocas, para ofrecerlos a sus amigos. Conocedores de su especialidad, en el gobierno estatal, le pidieron que se integrara a la delegación mexiquense que partía a la Argentina. El Estado de México sería anfitrión, en los festejos, de un aniversario más de la Independencia del país, en la ciudad de Buenos Aires. Novo se encargaría de la muestra gastronómica.

Estuvo pensando durante noches y días enteros en qué delicias ofrecer.

—Fue mucho lo que aportaron los conquistadores —se decía— luego, el comercio de la Nao de China con los arrieros que pasaban por Toluca, rumbo a la ciudad de México, transportando sus cargamentos de especias: comino de Libia, almendras de Persia, pimienta de la India, anís de Egipto. Después, el imperio de Maximiliano y la invasión de los franceses, así como la influencia de los inmigrantes de origen barcelonés y alemán. “La verdad, quisiera preparar algo original” pensaba nuestro cocinero aficionado; sólo se han salvado algunas recetas prehispánicas a base de ranas, ajolotes, pescados, acociles, las cuales podríamos acompañar con ricas papas de agua, calabazas, quelites y hongos. Si me lo permitieran les serviría venado, conejo, liebre o zorra; pero no es posible transportarlos.

Comentando con sus amigos del Diplomado de Historia sobre el plato típico y más representativo de Toluca, recibió muchas opiniones.

—Pato al pulque —decía uno.

—No. ¿Cómo crees? No puedo llevar patos y no sabemos si es temporada de cacería por allá, además el pulque se nos puede fermentar.

—Tortas de La Vaquita. ¡Para chuparse los dedos! —sugirió otro.

—Sí, de chorizo; pero allá lo comen mucho, lo colocan en medio de un pan y lo llaman choripán. No les causará gracia el nuestro.

Al fondo, una suave y poética voz se alzó.

—Taco de plaza —dijo Flor Cecilia Reyes— y lo acompaño de mis versos: *En la cóncava preñez de la cazuela/ dispongo la mestiza complacencia.*

—Claro —le respondió—, si bien lo dijo López Camacho: *su confección es un poema.*

Todos aplaudieron la idea y Gerardo fue a Buenos Aires a preparar el sabroso “taco toluqueño” para los argentinos.

La muestra tuvo lugar en el restaurante del exclusivo hotel Caesar's Park, en la Avenida Posadas del Barrio de La Recoleta.

Todos admiraron la mesa folklóricamente adornada, donde compartía honores con un chef de Yucatán, luciendo su cochinita pibil, presentada sobre hojas de plátano. Nuestro cordon-bleu no sabía con qué flores adornar su mesa. Los colores de la bandera estaban presentes en la gran cazuela, pero algo le faltaba. Le había pedido a la florista un consejo y acordaron llevara los pinceles con el sepia, amarillo, morado, el color vino y el blanco; también le sugirió, dejarse conducir por la imaginación, ésto dio por resultado unas macetas de barro con pensamientos.

La mesa quedó preciosa, alegre, tan alegre como la primavera que se esperaba en la ciudad. Las flores entregaban un cálido mensaje, de la tierra mexicana, a los comensales, quienes con su plato en la mano pasaban a servirse del buffet. Él les explicaba el origen y los ingredientes de su comida, rememorando a los "marchantes" al ir llenando su cazuelón: barbacoa deshebrada, charales de los que venden envueltos en hoja de maíz, chicharrón, unos cuantos gramos de pata de res cocida, nopales, papitas de agua, jitomates, chiles verdes, aguacate, cebolla, pápalo quelite y cilantro con sus carnosos tallos. Se cocen los nopales y las papas, se pican, y junto con los demás ingredientes partidos en crudo, se revuelven con las carnes y el pescado. Una pizca de sal, un chorrito de aceite de oliva y vinagre, unas rebanadas de queso, y crema para el que guste. Les recordaba, además, que llevaran las indispensables tortillas.

La música en el comedor era tenue, exquisita, el Huapango de Moncayo inundaba el ambiente y se confundía, en el elegante salón, con la arrogancia de los recoletos allí reunidos. Gerardo se asomó un momento. Se deprimió al ver los tacos cortados en trozos. Se acercó al equipo de sonido, subió el volumen a la música, y en medio del restaurante, con una gran "flauta" en la mano, hecha con tres tortillas y rellena de su típico platillo, invitó a todos a aprender a comerlo.

—¡Así se comen los tacos! Disfrútenlos, señores, sin miramientos, ni modales rebuscados.

Todos guardaron silencio, lo vieron como a un maleducado, venido de un mundo inferior. De pronto se oyó un grito de "Viva México", era Rosario Green, la embajadora, quien tomaba su taco y lo llevaba a la boca exclamando:

—¡Delicioso, cómo los de un viernes de plaza en el Tianguis de Toluca!

Se rompió el hielo, los pensamientos se diluyeron y un fuerte aplauso acompañó a Gerardo en su retirada.

## El balcón de azucena

Si los suspiros volaran  
como vuela el pensamiento  
no serían tantas mis penas,  
ni tan grandes mis tormentos.

DON JOSÉ recordaba que su tatarabuelo había amado a Matilde Zúñiga, con todo su corazón. Por eso él deseaba, ahora, que su nieta fuera pintora; pero no le daría por maestro a un pintor, para que se la enamorara, como hizo Felipe S. Gutiérrez con Matildita. Habló con un viejo amigo arquitecto, quien había estudiado en la Academia de San Carlos y daba clases en la Facultad de Arquitectura en Toluca. Éste recomendó a un alumno, ya egresado, amante de las bellas artes, y quien se distinguía en sus trabajos por pretender crear conciencia en la ciudadanía, sobre la preservación de los tesoros que tiene la ciudad y la necesidad de conocerlos.

Al joven arquitecto le gustaba observar y diseñaba las llamadas artes complementarias de la construcción. En especial la herrería. Admiraba los trabajos en hierro forjado, soldado o vaciado de las fachadas de los edificios y casonas que aún se conservan, los monogramas de las rejas y ventanas, el diseño, los complementos en bronce o plomo. Le llamaban la atención los balcones y el romanticismo que encerraban, al transportarse a otros siglos en los que las damas se asomaban, a pesar del frío, para ser vistas por los caballeros.

Cuentan que mientras sus compañeros incluían, al proyectar sus casas, un bar, un salón de juegos o un frontón, él soñaba con un taller de forja, un horno de fragua, y lugar para su yunque, prensas, horquillas, martillos, limas y tenazas. Consideraba que muchas costumbres y tradiciones estaban encerradas entre las rejas que se encuentran todavía en nuestra ciudad.

A Don José le gustaron las referencias y lo hizo llamar. Enrique Méndez Sosa, aceptó la invitación. Se emocionó al conocer la dirección de la familia que lo contrataba.

¡La casa del balcón, en la Avenida Hidalgo!

Sí. Aquel inmueble ostentaba al frente una joya, un bello balcón con barrotes para sujetar en alguna época un toldo, en donde unas azucenas con tallo y hojas se enredaban.

El dueño de la casa lo recibió guardando su distancia y formalidad. Su trabajo sería impartir clases de dibujo a una joven y se le concedería lo que necesitara.

—Luz, señor, mucha luz.

—Bien, pase, escoja usted el salón apropiado.

Méndez visitó el interior de la casa, como la mayoría en Toluca se desarrollaba alrededor de un patio central; pero la decoración de ésta incluía cuadros muy valiosos: óleos, acuarelas y arte plumario, además muebles antiguos de exquisita madera y confección.

Se detuvo en una sala que veía hacia la calle de Hidalgo. Allí estaba Azucena, pensativa

y soñadora; le presentaron a su alumna y decidió que ésa era la pieza indicada para las clases. La del balcón.

La joven no era muy buena alumna, le gustaba más cantar que pintar; pero al abuelo le horrorizaba una tiple en la familia y a fuerzas deseaba revivir a Matilde, el frustrado amor de su pariente, a través de los dibujos de la nieta. Una tarde, al no ver avance en el aprendizaje, les llamó la atención al maestro y a la alumna, dedujo que la vista hacia la calle principal los distraía, así que los envió a una habitación posterior. Prometió al arquitecto que tendría luz y le pidió que hiciera una ventana hacia la huerta colindante con la calle de Primero de mayo y diseñara la herrería correspondiente. Desconcertado por la decisión de su empleador pensó en una reja cuyos barrotes terminaran en flores de lis. Le contó a su amigo, el químico Fierro, acerca de su tristeza al no lograr hacer dibujos a su alumna y éste, muy atinado, sin necesidad de análisis descubrió el floreciente amor de Enrique por Azucena. Le dio un preparado para frotar el remate de la herrería y le dijo que confiara en su alquimia.

Seguía pasando el tiempo y la joven no aprendía a dibujar, sólo cantaba y al maestro le parecía que su voz era angelical. El abuelo montó en cólera y despidió al joven arquitecto.

Azucena comenzó a suspirar, soñando a la vez con su maestro; quien al pasar cerca de la recién abierta ventana, la oía. Notó, entonces, que las flores de lis en los barrotes se abrían y les brotaban alas. Sí, cada suspiro de la joven hacía salir las alas de una flor.

Cuando todas abrieron, la alumna, aferrada a las barras de la reja salió volando de la casa del abuelo. En la banqueta, Enrique Méndez la contemplaba con desesperación y asombro. Desde lo alto ella le dejó caer un papel; nunca imaginó que Azucena dibujara una escalera para que él la alcanzara. LC



PAULA ZAPATA, *Aquellos días*, 1999.